

Porfirio Barba-Jacob  
y  
Ramón López Velarde

Nació en Santa Rosa de Osos, Antioquia, en el año 1883. Muere en Ciudad de México en el año 1942. Porfirio Barba-Jacob es uno de los seudónimos que Miguel Ángel Osorio utilizó en el oficio de periodista y poeta, además de los de Ricardo Arenales y Maín Ximénez. Con sus seudónimos fundó periódicos, como *El Imparcial*, en Guatemala, y *Últimas Noticias*, en México, mismos que utilizara para reivindicar principios políticos, unas veces coherente y otras de manera ambivalente y contradictoria. Su peregrinar periodístico y declamador ha sido mostrado literariamente por Fernando Vallejo, a través de la obra *Barba-Jacob el mensajero*, sin duda uno de los mejores libros de este autor. Es necesario destacar el espíritu intelectual de Barba-Jacob al participar en el grupo del Ateneo de la juventud, en la primera década del siglo XX, al lado de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Antonio Caso, entre otros. Al respecto, Julio Torri, narrador y ensayista mexicano, ha recordado que en los comienzos de la carrera literaria de Alfonso Reyes influyó “el egregio bardo colombiano Ricardo Arenales (que se llamó antes Miguel Ángel Osorio, y después Porfirio Barba-Jacob)”. Esta experiencia colectiva y fecunda vivida en México por Barba-Jacob en el mundo de las letras hizo que el poeta Jorge Cuesta lo integrara en una antología de poetas mexicanos. No cabe duda que Barba-Jacob ha sido leído y estudiado más en México que en Colombia. Sus obras fundamentales son: *Rosas negras* (1932), *Canciones y elegías* (1932), *La canción de la vida profunda y otros poemas* (1937) y *El corazón iluminado* (1942).

Porfirio  
Barba-Jacob



JOSÉ GUADALUPE POSADA  
GRABADO

# CANCIÓN DE LA NOCHE DIAMANTINA

*En la muerte del gran poeta Ramón López Velarde*

Musa solar, con nardos irreales  
el cielo niño del abril decora;  
y... éste era el huerto de una reina mora  
y un lirio que la aurora aljofaró.  
Pero mi corazón balbuce ante la aurora:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata  
su onda azul y en lo real confluye.  
¡Noches de montesina serenata,  
la lágrima, el deliquio y el “tú-y-yo”!  
Pero mi corazón modula rima ingrata:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La antorcha crepitante está en el viento  
y de siglos a siglos va encendida;  
la Muerte sopla su huracán violento,  
y fulge más la antorcha de la vida:

¿Un niño en este instante los ojos no entreabrió?  
Pero mi torvo corazón no olvida:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Amor, por tu delicia y tu frecuencia,  
por los valles letárgicos de la carne encantada  
—de un humo azul la blándula almohada,  
de un prócer vino la brumosa esencia—,  
sosiégase en la noche la frente conturbada.  
Aún la alondra no canta todavía  
ni mueve sus saetas el reló.  
Pero mi corazón solloza en su alegría:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Y al fin quietud... el mortuorio túmulo,  
loas lúgubres, flores, oro póstumo,  
y, en mármol negro, el numen desolado.  
Con sus manos violáceas, en la tarde riente,  
ya mi ansiedad la Muerte apaciguó.  
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

# ELEGÍA DE SAYULA

O CANCIÓN DEL  
DÍA FATIGADO

*A José Vasconcelos.*

¡Hasta que llovió en Sayula!  
FOLKLORE MEXICANO

## I

Por campos de Jalisco, por predios de Sayula...  
—¡donde llovía a cántaros!— ensueños fui a espigar.  
Cantaban unos jóvenes, y sus bellas canciones  
las muchachas del pueblo salían a escuchar.

Busco una vida simple y, a espaldas de la Muerte,  
no triunfar, no fulgir, obscuro trabajar,  
pensamientos humildes y sencillas acciones  
hasta el día en que, al fin, habré de reposar.

—¡Imaginaciones!

—¡Imaginaciones!

## II

Esta tierra es muy suave, muy tibia, nada estéril,  
y la fecundan largos ríos de dolor.  
Arando, arando iban, cantando unas canciones,

y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.  
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,  
como eres tú, Romelia: como Guadalajara...  
¡Qué maravilla! Huertos que enflora la astromelia,  
en musical silencio perfuman las mansiones...  
Vivir aquí, labrando la tierra de Sayula,  
porque me diese un día, a cambio de sudor  
—ya extinta mi inquietud, calladas mis canciones—,  
¡paz!, ¡paz en mis entrañas!, ¡silencio en mi redor!

—¡Imaginaciones!

—¡Imaginaciones!

### III

Ala del tiempo...  
Ala del tiempo...  
Ha mil años, un pueblo formaría  
con polvo de hombres una ruin alfarería...  
Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,  
y en mi frente —un incendio de florestas—  
fluye tu cabellera perfumada.

Sayula está de fiesta  
porque llovió; la luna sublima los magueyes,  
me dan vino, y... ¡México es tierra de elección!  
“Mi padre —dice un joven— tiene cinco yuntas de bueyes”.  
Cruzan la honda noche ráfagas de maizales,  
y un júbilo de júbilos nos llena el corazón.  
¡Luces en las cabañas!  
¡Canciones por las montañas!  
Un lecho de espadañas que abrasará el estío,  
y tú, fantasma bruno, que siempre me acompañas...  
¡Dadme vino y llenemos de gritos las montañas!

—¡Imaginaciones!

—¡Imaginaciones!

I V

Bajo el portal caduco vine a buscar sosiego.  
Rendidos de cansancio, en la tierra desnuda  
duermen una mujer, un niño, un labriego.

Se mira arder la noche,  
cuajada de cocuyos.

Sin ningún pensamiento, sin dolor exaltado  
—¡nada más la fatiga de un día: nada más!—  
sobre la tierra dura, desnuda, estoy echado.  
El niño, friolento, comienza a sollozar...  
¡Oh pobre india estúpida: tu hijo está llorando:  
arrúllalo en tus brazos y dale de mamar!

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!):  
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,  
en el vital deliquio por siempre insaciado,  
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por Islas de su América;  
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;  
la tierra mexicana le dio su rebeldía,  
su libertad, sus ímpetus... Y era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas;  
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;  
fue sabio en sus abismos —y humilde, humilde, humilde  
porque no es nada una llamita al viento...

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,  
que nunca humana lira jamás esclareció,  
y nadie ha comprendido su trémulo lamento...  
Era una llama al viento y el viento la apagó.



Eres falaz ¡Oh Numen! La lívida experiencia  
truncó tu vuelo: se ciñó a tus rumbos  
y hoy yaces en ruinas por el suelo.

En tanto, en la magnolia luminosa  
su albura inviste una mujer soñada,  
y su ardor lo concentra el azahar.

Sobre las playas de la Muerte, un día,  
ella y yo nos pusimos a jugar.

De las guirnaldas de aquel dulce juego,  
un niño adviene: un nardo tremulante.  
Son sus ojos dos gotas de inocencia:  
las gotas diamantinas del amor  
sensual trocado en un sublime amor,  
y copian las praderas azulinas,  
el maternal semblante, los fantasmas  
de los débiles seres que lo amamos. . .

Ríe con risa tierna el tiempo infante . . .  
Bajan a él, por hilos de ternura,  
las gracias, y los mimos, y los cánticos.

¡Cómo, junto a los ojos pequeñuelos  
y el pequeñuelo corazón latente  
—un ritmo, un ritmo— en noches ominosas  
sentí fluir la ráfaga infinita  
de hombres y de cosas!

Unos pasaron, otros sucedieron  
y pasaron...

Vi en torno espectros dulces.  
Oí contar de ensueños que contaban  
Abuelos ya difuntos; en los sueños,  
altas torres, ciudades abolidas...  
Oí el rumor de un viento en noche antigua,  
y en un libro de estampas —hace tiempo—,  
vi en el agua las sombras de las Náyades...

Sobre las playas de la Muerte, un día,  
la madre viene el niño a amamantar.